

# El arraigo del encuentro en el tiempo (I)

*Don Luigi Giussani, El desafío de la fe cristiana, Capítulo V, La trayectoria de la convicción*

*El capítulo 4.1 describió el acontecimiento del encuentro como tal, éste nuevo párrafo se interesa en el desarrollo de este encuentro en el tiempo. Es el pasaje que hace Balthasar de la estética - belleza de Cristo – a la dramática: bondad de Cristo. Cristo es en efecto el educador. Aquel que nos hace libres, que transforma nuestra vida, etc.*

## **La trayectoria de la convicción**

Jesús, tras los encuentros que hemos descrito, continuó viviendo como todos y como siempre, en su casa, dedicado a sus ocupaciones; pero aquellos tres o cuatro a los que tanto había impresionado se habían convertido en sus amigos, iban a visitarlo y él iba a pescar con ellos.

El capítulo segundo del Evangelio de Juan habla de la invitación a una boda. Era costumbre que el invitado llevara a sus amigos, y, dado que Jesús había sido invitado con su madre a esa ceremonia, llevó consigo al pequeño grupo de sus nuevos amigos.

El milagro de la boda de Caná —ese extraño portento en el que, al final de la comida, el agua se convirtió en vino— es una de las páginas más significativas del concepto que Jesús tiene de la vida; cualquier aspecto de la existencia, incluso el más banal, es digno de entrar en relación con El y, por consiguiente, de su intervención.

«Desde el punto de vista de la historia de las religiones, el judeocristianismo nos presenta la suprema hierofanía: *la transfiguración del suceso histórico en hierofanía*. Se trata de algo más que de la hierofanización del Tiempo, porque el Tiempo sagrado es familiar a todas las religiones. Esta vez, el suceso histórico, en cuanto tal, es el que revela un máximo de trans-historicidad...; aparentemente, Jesús de Nazaret en nada se distingue de sus contemporáneos de Palestina. Jesús come, digiere, padece sed o calor como cualquier otro judío de Palestina. Pero, en realidad, este suceso histórico que constituye la existencia de Jesús es una teofanía total; hay una especie de esfuerzo audaz por *salvar el acontecimiento histórico* en sí mismo, concediéndole el máximo de ser.

...El acontecimiento está valorado no por sí mismo, sino únicamente por la revelación que implica, revelación que le precede y le trasciende»<sup>1</sup>.

La trayectoria que estamos describiendo se sitúa precisamente en el espacio y en el tiempo que media entre lo que se podía (y se puede) captar «en apariencia» y lo que se podía (y se puede) entrever de cuanto hay tras la apariencia «en realidad». Y en tal trayectoria *todo tipo* de suceso es determinante, es decir, revelador, precisamente por la específica y única característica del hecho «Jesús», cuya acción en relación con el hombre se realiza con una concreción extrema y detallada, «concediéndole el máximo de ser» y autorrevelando así progresivamente su mismo ser.

El milagro de la boda de Caná se presenta al comienzo de esta progresiva autorrevelación de Jesús (Jn. 2,1-2).

«Según la usanza judía, una boda duraba una semana, si la novia era virgen. Se procuraba que no faltase vino, ya que se consumía gran cantidad de esta bebida propia de la fiesta. Eran corrientes los

---

<sup>1</sup> M, Eliade, *imágenes...*, cit., pp. 183 s.

regalos de boda, que hasta se exigían en toda regla a la mayoría de los invitados. Así se comprende la perplejidad del anfitrión cuando vino a faltar el vino»<sup>2</sup>.

La madre de Jesús, María, con una atención y una sensibilidad que le había sin duda inculcado la familiaridad con su hijo (recordemos que no debía ser más de 15 ó 16 años mayor que él), nota esa turbación y se lo comunica a Jesús. Y él interviene. El evangelista concluye así, más tarde, el relato de este episodio: «...y creyeron en él sus discípulos» (Jn. 2,11). No deja de asombrar esta frase. ¿No acabábamos de ver, en el capítulo anterior, que sus discípulos ya habían «creído en él»? Sin embargo, ésta es la descripción psicológicamente perfecta y precisa de un fenómeno usual para todos nosotros. Cuando encontramos a una persona importante para nuestra propia vida, siempre hay un primer momento en que lo pre-sentimos, algo en nuestro interior se pone en aprietos por la evidencia de un reconocimiento ineludible: «es él», «es ella». Pero sólo el espacio que damos al repetirse de esta constatación carga la impresión de peso existencial. Es decir, sólo la convivencia la hace entrar cada vez más radical y profundamente en nosotros, hasta que, en un momento determinado, es absoluta. «...Los primeros discípulos le habían conocido, pero no reconocido todavía plenamente...»<sup>3</sup>. Y este camino de conocimiento» recibirá en el evangelio otras muchas confirmaciones, esto es, necesitará mucho apoyo; tanto es así que esa fórmula, «y creyeron en él sus discípulos», se repite muchas veces y hasta el final. El conocimiento consistirá en una persuasión que tendrá lugar lentamente, donde ningún paso posterior desmentirá los anteriores: antes también habían creído. De la convivencia irá brotando una confirmación de ese carácter excepcional, de esa diferencia que desde el primer momento les había conmovido. Con la convivencia dicha confirmación se acrecienta. «En la medida en que el hombre co- realiza, interior y humanamente, lo que *este* hombre expresa, experimenta que, para comprenderlo, necesita creer en él. E, indudablemente, lo experimenta no como una vaga eventualidad, sino como una evidencia imperiosa»<sup>4</sup>.

Ya hemos visto entonces cómo en el Evangelio queda registrado que el creer abarca la trayectoria de una convicción que se va produciendo en un sucesivo repetirse de reconocimientos, a los que hay que dar espacio y tiempo para que tengan lugar. Volvemos a encontrar aquí, encarnado en el testimonio evangélico, ese requisito de método que ya recordamos en el capítulo anterior (v. pp. 54-56). Y ya que es cierto que el conocimiento de un objeto requiere espacio y tiempo, con mayor razón esta ley no podía ser contradicha por un objeto que pretende ser único. Incluso aquellos que fueron los primeros en conocer esa unicidad tuvieron que seguir este camino.

#### a) EL descubrimiento de un hombre incomparable

Ese primer grupo se acostumbra a acompañar a Jesús cuando El empieza a hablar en los pueblos, en las plazas, en las casas.

Un día le hablan invitado a comer en una casa ante cuya puerta se agolpaba una pequeña multitud de gente que lo escuchaba (Mc. 2,1-12; Lc. 5,17-26). Y Jesús se detiene, como si tuviese dificultad en separarse de quien está atento a sus palabras. En primera fila se habían colocado las autoridades del lugar; hacia poco que había comenzado su trayectoria pública, pero ya se sentían alarmados quienes detentaban algún poder. Mientras estaba hablando llegan corriendo unos hombres que transportan a un parálítico tumbado sobre una camilla. Querían llegar hasta Jesús, pero la gente se lo impide.

Entonces toman la iniciativa de rodear la casa, subir al tejado con el enfermo y abrir una parte para, a través de la abertura, descolgarlo directamente en el interior, a espaldas de Jesús. Este se da la vuelta y lo mira. Imaginemos cómo debió sentirse ese hombre al ver que Jesús le miraba y al oír que le decía: «Confía, hijo, tus pecados te son perdonados». La reacción de los notables presentes es inmediata: nadie puede perdonar los pecados, sólo Dios. Pero Jesús, desviando su mirada del enfermo, la fija sobre los que le están objetando y dice: «¿Qué es más fácil, decir a un hombre "Tus pecados te son perdonados", o decirle "Levántate y anda"? Pues para que sepáis que yo tengo el poder de perdonar los

<sup>2</sup> R. Schnackenburg, *El evangelio...*, cit., Primera parte, p. 368.

<sup>3</sup> R. Schnackenburg, *El evangelio...*, cit., Primera parte, p. 365

<sup>4</sup> H.U. von Balthasar, *op. cit.*, p. 409.

pecados, a ti te digo: ¡levántate, toma tu camilla y anda!». Y aquél se levantó entre las exclamaciones comprensibles de la gente.

Intentemos pensar ahora en un grupo de personas que durante semanas, meses, años, hayan visto todos los días cosas de este tipo. Los primeros amigos, y los que se les sumaron después, asistieron cada vez más cotidianamente a la excepcionalidad y la exorbitancia de aquella personalidad.

Lo que llama la atención no es sólo el hecho repetido de que los prodigios llegaran a ocupar toda su jornada. Las cosas, el tiempo y el espacio le obedecían sin ningún aparato «mágico». El obtenía lo que quería con una manipulación de la realidad totalmente «natural», como de quien es dueño de la realidad misma. El evangelio señala que llegaba a la noche «cansado de curar», es decir, habiendo ejercido sin interrupción su poder sobre la realidad física.

Pero no era esto lo más impresionante. Ni tampoco su inteligencia, capaz de confundir y poner contra la pared a la proverbial astucia de los fariseos. Como en el episodio del tributo al César (Mt. 22,15-22; Mc. 12,13-17; Lc. 20, 20-26).

Ahora ya los fariseos le involucraban en continuas diatribas, le desafiaban y le ponían a prueba de todas las maneras posibles, y tales discusiones debían ser un espectáculo incluso para quien se acercaba por pura curiosidad. Decididos a detenerlo, los fariseos le preguntan si se debía dar el tributo al César. Si Jesús hubiese dado una respuesta afirmativa, habría traicionado a su pueblo; si hubiese dado una respuesta negativa, se habría expuesto a una acusación ante el pretor romano. Entonces Jesús, tomando una moneda, les pregunta de quién es la efigie representada y, al obtener como respuesta que se trata del César, les hace callar: «Lo del César devolvédsele al César, y lo de Dios a Dios». De tal manera, la solución del dilema quedaba admirable y enigmáticamente confiada a la libertad, puesta en juego de modo imprevisible.

Su inteligencia malograba todo intento de cogerle en falta. Le llevan a una mujer sorprendida en flagrante adulterio (Jn 8,1.11); le preguntan su parecer sobre si se debía aplicar la Ley de Moisés lapidándola o no.

«La situación de Jesús es delicada: ¿Deberá dejar de lado la misericordia, que tantas veces ha predicado, o habrá de contradecir el claro tenor literal de la *torah*? Pero si la sentencia ya ha sido fallada, su posición es todavía más peligrosa: o tiene que alzarse contra el tribunal judío, o bien —supuesto que los judíos no podían ejecutar sentencias de muerte— aparecer como un revolucionario en contra de los romanos. Se trataría también de una situación políticamente crítica, como en la cuestión del tributo»<sup>5</sup>. El les deja hablar, mirándoles con aquella mirada penetrante ante la que todo en el corazón de los hombres se sentía al descubierto; a continuación se agacha y, con una mano, se pone a trazar signos en el polvo, como diciendo: «Vuestras palabras son palabras escritas en el polvo». Los acusadores piensan que le tienen en un puño e insisten para obtener una respuesta. El se incorpora y dice: «Aquel de vosotros que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra». Podemos imaginar la densidad del silencio que siguió a sus palabras. Lentamente todos se vuelven y se van, mientras él sigue allí inclinado trazando sus simbólicas siglas en el polvo y la mujer permanece en pie, trastornada, sola ante Jesús. El le pregunta «¿Nadie te ha condenado?», y ella responde, «Nadie, Señor», a lo que Jesús le dice: «Tampoco yo te condeno. Vete y no sigas equivocándote».

Pero tampoco esta inteligencia consecuente, ni esta dialéctica invencible, constituían la impresión más vertiginosa para los que le acompañaban siempre.

El mayor milagro, el que sorprendía cada día a los discípulos, no era el de las piernas enderezadas, la piel restaurada o la vista recuperada. El mayor milagro era el ya mencionado: una mirada reveladora de lo humano a la que nadie podía sustraerse. No hay nada que convenza tanto al hombre como una mirada que aferre y reconozca lo que él es, que haga que el hombre se descubra a sí mismo. Jesús veía dentro del hombre; nadie podía esconderse ante él; en su presencia la profundidad de la conciencia no tenía secretos. No los tuvo en el caso de la mujer de Samaria (Jn. 4,1-42) que en la conversación en el pozo oyó cómo le contaba su vida, y esto es precisamente lo que refirió a sus paisanos como testimonio de la grandeza de aquel hombre: «¡Me ha dicho todo lo que he hecho!». No los tuvo en el caso de Mateo el

---

<sup>5</sup> R. Schnackenburg, *El evangelio...*, cit., Segunda parte, p. 228.

recaudador de impuestos (Mt. 9,9-13; Mc. 2,13-17; Lc. 5,27-32), considerado un pecador público porque estaba al servicio del poder económico romano, a quien Jesús dijo sencillamente al pasar: «Sígueme». Y él, reconocido, prendido, aceptado, lo dejó todo y le siguió. Lo mismo le sucedió al jefe de todos los recaudadores, el hombre más odiado de toda Jericó, Zaqueo (Lc 19,1-10). Jesús, rodeado de una gran masa de gente, está pasando por la calle y él, de pequeña estatura, se sube a un árbol, lleno de curiosidad, para verle. Cuando Jesús llega bajo ese árbol se para, le mira y le dice, «¡Zaqueo!», y añade: «Baja pronto, porque quiero ir a tu casa». ¿Qué es lo que se adueñaría de Zaqueo? ¿Qué es lo que le haría correr lleno de alegría? ¿Proyectos sobre sus muchas riquezas, voluntad de devolver sobradamente lo robado, dar la mitad de sus bienes a los pobres? ¿Qué es lo que le trastornó y cambió? Simplemente, que había sido penetrado y acogido por una mirada que le reconocía y le amaba tal como era. La capacidad de cautivar el corazón del hombre es el mayor milagro, el más persuasivo. «Jesús se impone a las conciencias. El se siente como en su casa en el interior de los demás... No se limita a declarar una doctrina aprendida científicamente o sabida por Revelación; trata, por así decirlo, de un asunto personal...»<sup>6</sup>.

## b) El poder y la bondad

Es difícil que una persona poderosa sea realmente buena. En Jesús, en cambio, sus testigos pudieron ver esa mirada no sólo poderosa, prodigiosa, no sólo inteligente, ni sólo cautivadora, sino buena. ¡Parece imposible que un poder tan grande esté dentro de un horizonte de profunda bondad!, y ¡tan difícil es que una inteligencia agudísima sea sencilla y positiva como el afecto instintivo y disponible de un niño! Es hermoso leer el Evangelio rastreando estos aspectos recién apuntados, los detalles sutiles que revelan la capacidad de ternura de Jesús, su conmovida solidaridad con lo humano.

Corno cuando en una ciudad se encuentra en medio de un cortejo fúnebre y se entera de que el muerto es el hijo único de una madre viuda (Lc. 7,11-17). Entonces le conmueve enseguida el dolor de la mujer, y le dice: «Mujer, no llores». Su primer gesto es un acto de ternura; después le devolverá a su hijo vivo. No le había sido requerido ni el milagro ni el gesto de profunda compasión.

Igualmente es El quien toma la iniciativa en el episodio de la mujer encorvada desde hacía tantos años que ya no podía enderezarse (Lc. 13,10-17). Jesús está enseñando en la Sinagoga; la ve, la llama junto a sí y la cura.

Diversos relatos evangélicos reseñan su atención a los niños, su capacidad de relacionarse con ellos (Mt. 19,13-15; Mc. 10,13-16; Lc. 18,15-17). Dice el evangelista Marcos: «se los llevaban para que los acariciase», y él no se limitaba a un vago gesto de bendición, los tomaba en brazos, reaccionaba ante quien quisiera impedirlo, y después los bendecía, recomendando a todos, para poder entrar en el reino de los Cielos, esa actitud de positiva dependencia de lo real que tienen los niños. Así, en un episodio análogo (Mt 18,1-11), el evangelista Mateo relata como Jesús llama a su lado a un niño, lo coloca en medio del grupo, en el centro de la atención, y amonesta a todos para que nunca se ose hacerle daño alguno a ninguno de esos pequeños; y no hablaba del daño físico, que quizá la mayoría evita instintivamente, sino del escándalo moral, del daño a la libertad de su conciencia, que es más fácil descuidar y del que Jesús se preocupa con apasionada vigilancia, porque, dirá más adelante, «vuestro Padre celestial no quiere que se pierda ni uno solo de estos pequeños».

Lo suyo es una conducción regeneradora hacia todo lo valorable del ser humano. Tras un milagro realizado en sábado (Mt. 12,9-21) y que había tenido por tanto cierta resonancia, se marcha, pero muchos le siguen, y el evangelio observa que él «curó a todos», es decir, miró a todos, entendió a todos, tomó en serio a todos. Y el evangelista Mateo señala: «para que se cumpliera lo que había dicho el profeta Isaías... "(El Mesías) no quebrará la caña cascada, ni apagará la mecha humeante, hasta que haya hecho triunfar a la justicia"».

Jesús acepta con agrado del hombre lo que éste le pueda dar, y no pone reparos de ninguna naturaleza, ni política, ni social, ni cultural, para esta acogida. Como en el episodio que narra Lucas (Lc. 7,36-50) de aquella comida en casa de un fariseo, donde irrumpe, ciertamente no invitada, una conocida prostituta que rodea de atenciones a Jesús, provocando la indignación del dueño de la casa que se pregunta hasta qué punto se podía decir que Jesús era profeta, si admitía perfumes y gestos afectuosos de una mujer así. La reacción de Jesús es inmediata, haciendo ver al fariseo Simón que había aceptado los besos y las

<sup>6</sup> P. Rousselot, «La rivelazione del Figlio», cit. en H. de Lubac, op. cit., p. 191

lágrimas de la mujer como señal de la fe en él que ella había sido capaz de testimoniar desafiando los cuchicheos y comentarios, al contrario de Simón, que como anfitrión bien habría podido darle agua para sus pies, manchados por el polvo, y un beso de amistad, pero no lo había hecho: «A ella le queda perdonado mucho, porque ha mostrado mucho amor».

También conviene recordar la emoción que embargó a Jesús hasta las lágrimas en ocasión de la muerte de su amigo Lázaro; misteriosa emoción, pero señal de una íntima solidaridad con el corazón humano y con sus vicisitudes (Jn. 11,1-46). «En la triste marcha hacia el sepulcro de su amigo, también Jesús se siente sacudido por la oscuridad del destino mortal... La breve observación de que a Jesús se le saltaron las lágrimas es el anticipo misterioso de la oración al Padre... En este sentido, el Jesús joánico está unido a los hombres y no se cierra a sus necesidades»<sup>7</sup>.

Y Jesús «solloza» aquel atardecer en el monte de los olivos (Cf. Lc. 19, 41-46) ante el esplendor del templo a la puesta del sol, presagiando la destrucción de la ciudad.

---

<sup>7</sup> R. Schnackenburg, op. cit., Segunda parte, pp. 416 s.